

## Don Baldomero

**E**L insuperable magisterio de este gran vikingo nacido en Antioquia que se llama don Baldomero Sanín Cano, es tanto más eficaz en las letras de América cuanto que se ejercita superando todo énfasis, todo artificio y actitud inflada. Jamás se vistió de má-gister y el acto de escribir es para él función natural y cotidiana; sencilla vigilancia de todos los días. Para Sanín Cano no han existido temas tabú y encontró la profundidad penetrando la corteza de las cosas más triviales, los pequeños hechos vistos con amor, al tras-luz de la más esclarecedora y casi diría, minuciosa simpatía humana. Don Baldomero escribe con la misma diafanidad con que conversa paseándose por su mundo de observaciones y recuerdos; cazando la cita oportuna y hasta alivianándola como una mariposa en la red de su estilo exacto, no carente de un humorismo cálido y bien des-tilado como ese oportu que anima las conversaciones de sobremesa mientras afuera reina la bruma. Oportu y conversación muy britá-nicas, ya que si a alguien se parece Sanín Cano en lo que pudié-ra-mos llamar su actitud vital es a aquellos ensayistas y memorialistas del siglo XVIII inglés que pedían al propio desfile de la vida y a los hallazgos de cada diálogo inteligente, el tema de sus tratados. Como Addison, ha sido el perfecto “Espectador” sin que el don de ver y reflexionar haya menguado su sensibilidad ante los hechos sociales, su emoción y responsabilidad ante la injusticia. Arquetípico liberal en un momento en que la intolerancia y los contemporáneos mitos de “Estado” y de “Partido”, ofuscan todo planteamiento ob-jetivo de la verdad.

Otros escritores de América —especialmente los de la genera-ción a que pertenece cronológicamente Sanín Cano— se vistieron de artistas desdénosos o de maestros en la continua liturgia de su

palabra sagrada. Gran parte del talento literario de un Rodó —pongamos por caso— se malgastara en su oficio de admonición permanente, en el cuidado que llamaríamos estilístico de no arrugar la clámide del gran sacerdote. En jadeo de pensador y glosando pequeñas recetas morales, Rodó es un escritor cuya excesiva preocupación formalista y el redondo tono de excelente discurso a que siempre aspira su prosa, le resta intimidad y sentido de lo auténticamente concreto. Habla siempre como un buen libro, pero es que a veces deseamos que los libros nos hablen como hombres que sufren, sueñan, gozan o se contradicen. O como decía Montaigne, maestro de toda literatura vivida, honda de experiencia personal: "Si, avons nous beau monter sur des échasses, car, sur des échasses, encore faut-il marcher de nos jambes. Et sur le plus haut trône du monde, nous ne sommes assis que sur notre cul." La superabundancia ornamental ya nos aleja de algunos de los grandes escritores de la generación modernista, y mérito de Sanín Cano es vencer todo límite generacional en el testimonio de una prosa precisa, cuyo encanto estriba en la claridad ceñida al tema, en la palabra que se engasta sin sobresalir ni brillar con exceso. Lógica latina, con saludable humor inglés y hasta esa proverbial sabiduría lingüística aprendida de sus viejos campesinos colombianos que hablan mejor que los académicos, sería su aproximada fórmula de estilo. Y este don Baldomero tan cosmopolita, tan diestro glosador de literaturas nórdicas cuya flexible sabiduría puede comentar con la misma exactitud un plan de economistas y expertos que se preparan a ordenar el mundo, como la más intrincada sutileza semántica, es al mismo tiempo aquel antioqueño universal —es decir, de una de las regiones y grupos humanos más definidos de Colombia— para quien la epopeya de su pueblo es vida en que participó; hechos que recogiera antes de tornarse historia escrita, en los casales campesinos, en tertulias de pueblo o salón provincial, en ferias, comicios o directorios políticos. Tiene del hombre antioqueño cierto nomadismo de minero; sentido de lo concreto, comprensión de lo económico que lo convirtió en su juventud en empresario de una compañía de tranvías y perito de finanzas y hasta aquella estupenda vitalidad de los patriarcas de su provincia que sólo rinden la vida de pie o sobre su estribo de jinetes colonizadores, prolíficos y matusalénicos.

Su obra dispersa en centenares de artículos ha sido una de las que abriera a los latinoamericanos de los últimos cincuenta años los caminos de lo universal. Auscultador de civilizaciones, literaturas lejanas y momentos políticos, cada uno de aquellos ensayos que Sanín Cano mandaba a *La Nación* de Buenos Aires compendian la materia de un libro o de un diagnóstico del mundo. Y así como en la Bogotá de los años 90, su amigo de juventud, el pálido y enlutado *dandy* que se llamó José Asunción Silva estaba renovando la sensibilidad de la poesía criolla, envolviéndola en las finas nieblas del matiz, don Baldomero transformaba lo que puede llamarse nuestra actitud ante los conceptos, el círculo de problemas e inquietudes espirituales en que se movería la nueva conciencia. Este montañés de Antioquia, había nacido con vocación de alta mar. El botín de sus peregrinajes por todas las latitudes de la tierra y del espíritu, aún sigue volcándose en las páginas de los periódicos y revistas de América. Para don Baldomero —a diferencia de aquellos escritores que se esterilizan a fuerza de escrúpulos estetizantes— no existe el *sujet noble*, porque todos, aun los que parezcan más nimios son elevados por la penetración de su inteligencia y el decoro de su estilo, a la categoría de problemas.

MARIANO PICÓN-SALAS

